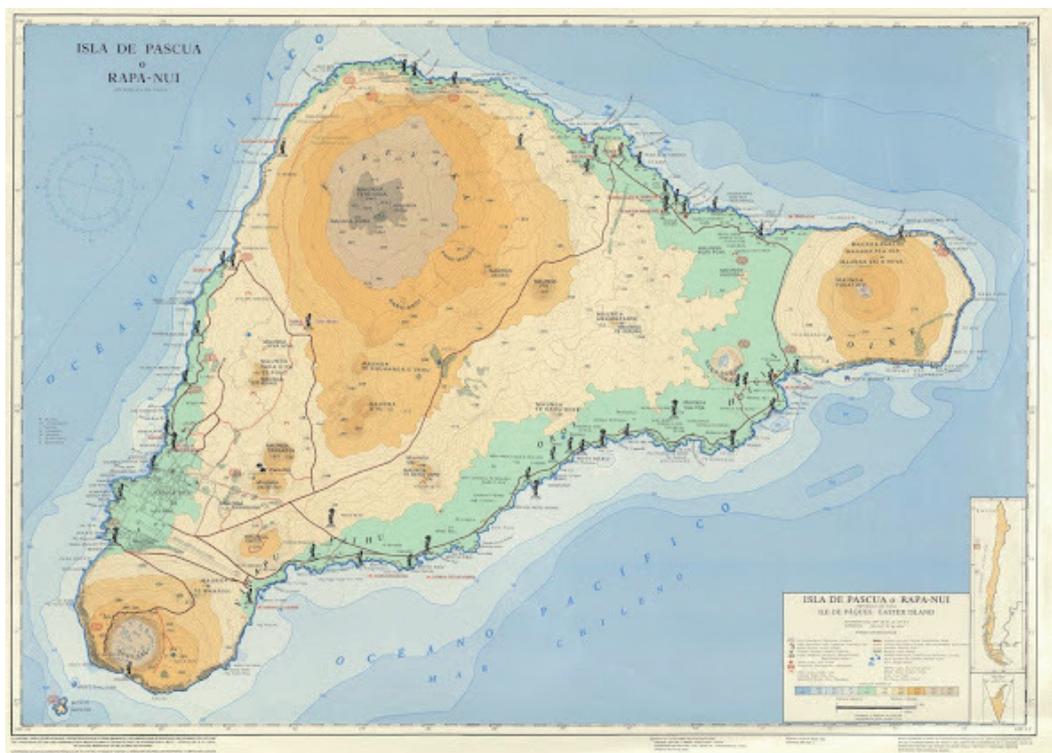


En 2022 se cumplen 300 años del primer desembarco en la Isla de Pascua por parte del capitán holandés Jacob Roggeveen, y en 2020 se conmemoraron 250 años de la llegada a la isla de los buques españoles San Lorenzo y Santa Rosalía, al mando de Felipe González de Haedo, que tomó posesión de la misma para España, en nombre del rey Carlos III. Lo que los primeros visitantes de las islas pudieron observar, fueron los restos de una cultura asombrosa, en trance de desaparición, de la que aún ignoramos mucho.

El objetivo de este texto es exponer una aproximación a la compleja historia de la isla, desde su primer poblamiento, recogiendo las peculiaridades de su sociedad y su cultura y, en particular, de sus prácticas religiosas, con el culto a los moai y al «hombre pájaro».

Situación y Origen

La Isla de Pascua es el territorio habitado más aislado del mundo, situada en el Océano Pacífico, al sur del Trópico de Capricornio, marcando el vértice oriental del triángulo polinésico delimitado por Nueva Zelanda en el vértice occidental y Hawaii, al norte. Los territorios más próximos son: la costa de Chile (3800 km al este) y Tahití (4000 km al oeste), sin considerar a la minúscula Pitcairn situada a 1900 km al oeste.



Mapa de la Isla de Pascua

De origen volcánico, su actual superficie deriva de la unión de la lava solidificada de tres volcanes: el Manu Terevaka al noreste, el Rano Kau al suroeste, y el Pukatikei, con el cono del Rano Raraku al este, formando la península Poike. La isla está rodeada de acantilados casi en su totalidad, y en el interior conviven campos de lava junto con tierras fértiles, e incluso lagos de agua dulce en algunos conos volcánicos. Su clima subtropical está fuertemente determinado por las corrientes oceánicas y el viento, y su frágil ecosistema ha condicionado, sin duda, la historia de su sociedad y de sus habitantes. Su tamaño es muy reducido, apenas 117 kilómetros cuadrados con una extensión máxima de 24 km este-oeste y de 12 km norte-sur (a la isla principal hay que sumar algunos pequeños islotes deshabitados), siendo su población actual de unas 5000 personas.



Península Poike y Ahu Tongariki

Una isla y muchos nombres

Con independencia de su nombre oficial, la Isla de Pascua es también conocida por otros nombres, claro reflejo de la complejidad evolutiva de un pequeño territorio aislado en el centro del Pacífico, que combina leyenda e historia. Así, antiguas tradiciones nos hablan de «Te Pito o te Henua» (el ombligo del mundo), nombre utilizado por sus primeros pobladores,

cuya existencia se veía limitada por la escasa superficie de la isla. También de origen local es el nombre que utilizan los nativos de la isla «Rapa Nui» (brillante y grande), referencia al origen legendario de la misma.

La llegada de los europeos generó nuevas denominaciones, entre ellas su actual nombre oficial, otorgado por el primer occidental que desembarcó en su costa, el capitán holandés Jacob Roggeveen, precisamente en un domingo de Pascua. La siguiente visita fue la de Felipe González de Haedo, que reclamó la isla para España, con el nombre de Isla de San Carlos. Incluso más recientemente, el misionero y antropólogo alemán padre Sebastián Englert ha propuesto otra denominación, «Tierra de Hotu Matua», en honor al mítico fundador de su cultura.

Primer poblamiento

Para entender su poblamiento, es preciso retroceder unos miles de años y considerar desde sus orígenes el proceso de población de las islas del Pacífico. Si bien es conocido que desde épocas tan remotas como el 5500 antes de Cristo existían navegaciones, en pequeños botes, en toda la zona de Melanesia occidental, existe un elevado consenso en que dicho proceso se llevó a cabo en tres etapas.

En la primera, desde 2500 antes de Cristo, los humanos se desplazaron desde el sudeste de Asia hacia Fiji, Tonga y Samoa, que alcanzaron con sus conocidas canoas dobles o catamaranes en torno al mil antes de Cristo, desarrollando las primeras culturas polinésicas. Esta etapa fue seguida por nuevos desplazamientos hacia el este que permitieron fundar establecimientos permanentes en las Islas Marquesas. En particular, estas últimas recibieron a navegantes procedentes de Tonga y Samoa. En una última fase, migraciones desde las Marquesas fueron poblando sucesivamente Pascua (400), Hawaii (800) y Nueva Zelanda (900).

Estos hechos, científicamente probados en la actualidad, ya fueron intuitos por los primeros visitantes europeos, que pudieron observar, con independencia de las enormes distancias entre islas, que el aspecto de sus habitantes era similar, sus lenguas presentaban muchos puntos de contacto, e incluso sus costumbres eran muy parecidas.

La leyenda de Hotu Matua

Precisamente en dicho momento tiene su inicio la historia mítica de la isla, en torno al año 400 o 450 cuando, de acuerdo con la tradición oral, el rey Hotu Matua y sus seguidores, procedentes de las islas Marquesas, desembarcaron en el norte de Pascua, en la playa de Anakena, tomando posesión de la isla y dando origen al clan real integrado posteriormente en la Confederación Hotu Iti, cuyo último rey, Rokokoko, falleció en 1867.

Por su parte, algunos investigadores, entre ellos el Padre Englert han recopilado diversas listas genealógicas, remontándose desde Hotu Matua al último rey. De acuerdo con sus estimaciones, la llegada a la isla de los primeros pobladores debió de producirse entre los siglos xv y xvi (aunque probablemente se trate de la segunda migración). Sea cual sea la fecha exacta de dicho acontecimiento, a partir de tal momento, y hasta mediados del siglo xviii, se desarrolla la civilización clásica pascuense basada en una estructura de clanes y en el culto a los antepasados a través de los Moai.

Más difícil resulta determinar la existencia de un ulterior proceso de población procedente de otras islas. Esto explicaría la división existente entre «orejas largas» y «orejas cortas» que caracterizó a la población de la isla, y que derivó en un conflicto importante justo antes de la llegada de los europeos. La interpretación de este fenómeno resulta muy compleja, ya que requiere determinar los orígenes de una distinción tan claramente marcada entre dos grupos de una población tan reducida. En efecto, a pesar del continuo crecimiento de la población inicial entre los años 1000 y 1680, se estima que se alcanzó el máximo número de habitantes con un total de 9000 personas a mediados del siglo xvi.

El enigma de la segunda inmigración

Después del primer periodo histórico dedicado al asentamiento y a la colonización, y siguiendo, una vez más, la tradición oral, se produjo la llegada de un nuevo grupo de colonos, los llamados Hanau Eepe. El aspecto de los recién llegados llamaba fuertemente la atención debido al alargamiento de sus orejas y motivó que fueran conocidos como Epe Roroa, «orejas largas», en contraposición a los descendientes de Hotu Matua, que pasaron a ser conocidos como «orejas cortas» al carecer de lóbulos alargados. Esta característica pudiera indicar su procedencia del archipiélago de las Marquesas, donde tal práctica era común, aunque también lo era entre la élite del Imperio Inca, los «hijos del sol», que alargaban sus lóbulos con grandes adornos de oro y plata.

En este punto aparecen interpretaciones alternativas sobre el origen de la segunda ola migratoria. En particular, cabe destacar la derivada del explorador y antropólogo noruego Thor Heyerdahl, director de la expedición de 1955-56 a Pascua en la que, al margen de sus excavaciones arqueológicas y restauración de moais, aprovechó para elaborar la teoría que trató de demostrar en su mítico viaje en la balsa Kon Tiki. En esencia, defendía que los pobladores de Pascua o, al menos, algunos de ellos, provenían de Sudamérica y no del sudeste de Asia. El análisis de construcciones monolíticas como Ahu Vinapu (con enormes bloques de piedra perfectamente acoplados), le llevó a considerar a los antiguos incas como primeros habitantes de Pascua. A este respecto, puso de manifiesto la gran semejanza entre algunos de los moais existentes en el volcán Rano Raraku con el dios Sol que aparece en Tiahuanaco, en Bolivia.

La evidencia arqueológica, lingüística, e incluso genética, ha demostrado posteriormente lo erróneo de su teoría, aunque aún quedan cabos sueltos, pues no se ha podido explicar con precisión la rara perfección de los trabajos en piedra así, como el hecho de que una parte importante de la alimentación de los isleños se haya sustentado en la batata, cuyo origen sitúan los botánicos en Sudamérica, sin ningún tipo de duda. La Isla de Pascua se resiste a revelar todos sus secretos.

Sin embargo, el Padre Englert realiza una aportación interesante, al considerar que la referencia a las orejas es incorrecta y se deriva del parecido fonético entre las palabras epe (lóbulo de la oreja) y eepe (ancho), señalando que la distinción debe establecerse entre dos razas diferentes: Hanau Eepe o raza ancha para los recién llegados y Hanau Momoko o raza delgada para los habitantes originales. En cualquier caso, se trataba de dos grupos étnicos diferenciados que, con el tiempo, y debido a causas demográficas y ecológicas terminaron por enfrentarse, llevando a la devastación a la rica cultura de los Moai, aunque no está claro el papel que jugaron ambas comunidades en el diseño, la talla y la colocación de las gigantescas figuras de piedra.

La guerra entre «orejas largas» y «orejas cortas»

El siglo XVIII supuso la edad de oro de la cultura de la isla, con la erección de cientos de moais, cada vez más grandes y de mayor calidad artística. Esta época de esplendor sufrió un abrupto final en una fecha determinada entre 1680 y 1720, con anterioridad a los primeros contactos exteriores. La interpretación clásica sitúa los orígenes del conflicto en la lucha entre ambas razas, que se encontraron en una situación caracterizada por unos recursos naturales cada vez más reducidos, debido al incremento de la población de la isla.

Tanto la tradición oral como las observaciones de los holandeses al desembarcar allí poco después de los acontecimientos, coinciden en que se trató de una lucha a muerte que acaba prácticamente con el total exterminio de los «orejas largas», cuyos últimos resistentes fueron quemados en el foso de Iku que separa a la península Poike del resto de la isla. El foso es perfectamente observable en nuestros días, aunque resulta aventurado afirmar si se trata de una obra humana o de un fenómeno natural.

Cuentan las viejas historias que sólo un hombre, Ororoina, se salvó del desastre y se casó con una mujer «orejas cortas», aunque como consecuencia del conflicto, desapareció la raza de los «orejas largas» y se puso punto final a la era de los Moai, que fueron derribados por toda la isla.

Una interpretación alternativa considera que como consecuencia de los matrimonios entre personas de ambas etnias a lo largo de los siglos, no podía ya hablarse de razas diferenciadas, y que la referencia los «orejas largas» suponía la existencia de una nobleza que decoraba sus orejas para indicar su estatus, mientras que los «orejas cortas» eran el resto de la población, gobernados por la élite y se dedicaban a la pesca, a los cultivos y a la construcción de moais, lo que puede explicar el furor destructivo de los vencedores en la guerra, derribando a los símbolos de su opresión y emblemas de la clase dominante. La escasez de alimentos y la dureza de las condiciones de trabajo bien pudieron conducir a un levantamiento de los «orejas cortas» de consecuencias desastrosas para la isla.

Llegada de los europeos

A pesar de que los españoles llevaban dos siglos navegando por el Océano Pacífico (*Spanish Lake*), los primeros europeos que desembarcaron en Pascua fueron los holandeses de la expedición comandada por el almirante Jacob Rogeeveen, el Domingo de Pascua, en abril de 1722 (de ahí deriva el nombre de la isla). De las observaciones dejadas por escrito por el propio Rogeeveen y por Carl Behrens, se desprende que la mayoría de los moai habían sido alzados de nuevo y eran objeto de culto por parte de sus habitantes. También encontraron algunas personas con los lóbulos alargados, a los que tomaron por sacerdotes y observaron la existencia de algunos restos de la guerra recién terminada. Los isleños se mostraron amables con ellos y pudieron ilustrarles sobre sus menguados recursos: tierras de cultivo intensivo y moderadas capturas de pesca. Tras una breve estancia, los holandeses abandonaron la isla.

Hubo que esperar medio siglo para la siguiente visita, la de los buques españoles San Lorenzo y Santa Rosalía bajo el mando de Felipe González de Haedo, que renombró la isla como San Carlos y la reclamó para España. Los moai seguían en pie y los isleños vivían en cuevas, con la excepción de algunos notables, que lo hacían en casas de piedra de forma elíptica. A pesar de lo primitivo de los instrumentos de obsidiana que utilizaban, pudieron apreciar estaban bien alimentados y disponían de plantaciones de caña de azúcar, batata y taro, sin que, aparentemente, hubiera ningún tipo de conflicto entre ellos. En definitiva, una isla tranquila y próspera.

Sin embargo, cuando en 1774 el capitán James Cook se convirtió en el tercer europeo en llegar a la isla, el panorama había cambiado drásticamente. Cook apreció las similitudes físicas entre la población local y la que había encontrado en otras islas de Polinesia como Tonga, Tahití o Nueva Zelanda. Sus descripciones justifican la gravedad de los sucesos acaecidos recientemente, ya que nos habla de individuos huidizos y miserables. Al mismo tiempo indica que la mayoría de moais habían sido derribados y sus Ahu dañados. Cook fue el primero en sugerir que los moais no representaban a deidades sino a antiguos reyes de la isla.

Posteriormente, el gran navegante francés Jean François Galoup, Conde de la Pérouse, arribó a Pascua (en 1786), poco antes de la trágica desaparición de su expedición de vuelta al mundo en Vanikoro (islas Solomon) en 1788. La Pérouse se encontró con una población tranquila y próspera, lo que indica la rápida recuperación de la misma tras el anterior conflicto. En cualquier caso, la construcción de moais había cesado por completo, y quedaban muy pocos en pie.

La gran guerra de las Confederaciones

La situación de la isla, tranquila y próspera en 1770 al ser visitada por González de Haedo, y completamente arrasada y miserable en 1774 cuando llegó Cook, data con precisión el período en el que se produjo el conflicto más importante de su historia, probablemente entre 1772 y 1774, poco antes del desembarco de los ingleses.

La interpretación histórica más aceptada sitúa el origen del conflicto en el aumento de población generado desde el fin del enfrentamiento entre «orejas largas» y «orejas cortas». Conviene recordar que Pascua posee muy pocos recursos naturales: ausencia de agua dulce, escasos animales comestibles, cultivos poco productivos, y una importante deforestación, derivada en buena medida de las necesidades de madera para construir, transportar y erguir los moai.

La cifra de 9000 (o incluso hasta 15000 personas dada por los especialistas) como pico de población, generó la clásica lucha por los escasos recursos. En una etapa inicial se desarrollaron pequeñas guerras locales de una tribu contra otra, o bien actos hostiles o represalias comúnmente denominados Tau'a. Por el contrario, al referirse a este conflicto, el Padre Englert concluye que «esta es la única guerra de carácter total en la que tomaron parte muchas personas de todas las tribus y que, por lo tanto, debe haber causado estragos en toda la isla y en toda la población».

En efecto, después de las guerras entre clanes rivales que concluyen con el derribo de los moais del enemigo para destruir su «mana», se crearon dos grandes Confederaciones de clanes: en el noroeste el clan Miru y sus aliados; y en el sureste y la península Poike, el clan Tupahotu y sus aliados. Ambas Confederaciones fueron denominadas respectivamente: Ko Tu'u y Ko Hotu Iti, y su enfrentamiento, conocido también como Huri Moai supuso el derribo de las estatuas, dejó destrozada la isla, y acabó definitivamente con el culto Moai y con las luchas de poder en la isla.

Esclavismo y decadencia

La sociedad pascuense se había recuperado del conflicto a finales del siglo XVIII, tal como atestigua La Pérouse, pero el nuevo siglo supuso una acumulación de trágicos acontecimientos que llevaron a la casi extinción de los pobladores de la isla y acabaron con su ancestral cultura.

Tras un largo período de llegada de visitantes benévolos, interesados por los isleños y su cultura, a comienzos del siglo XIX empezaron a llegar a la isla balleneros, piratas y esclavistas. Los registros históricos sitúan el comienzo de las desgracias en la llegada en 1805 del buque americano Nancy, dedicado a la caza de lobos marinos, cuyo capitán envió a tierra una expedición a la busca de esclavos, capturando, tras sangriento combate, a 12 hombres y 10 mujeres, cuyo trágico final fue narrado por algunos marineros al poeta alemán Adalbert von Chamisso, que visitó la isla en 1816 a bordo del Rurick

En 1822 llegaron los primeros barcos balleneros, y pudo apreciarse el paulatino hundimiento cultural y el aumento de los desórdenes entre los nativos. De hecho, el almirante francés Du Petit-Thouars, en su singladura de 1838 divisó al que, probablemente, fuera el último moai que se mantenía en pie. El golpe definitivo fue asestado entre 1859 y 1863 por esclavistas peruanos. Sus expediciones piratas a Pascua fueron habituales y la tragedia que supusieron